

consecuentes. El «gran reformador moral,» ¿no era el que para probar á los musulmanes que lo era tanto como ellos les hablaba de haber abolido el papado? ¿No era el que hizo perseguir á las mado-nas italianas cuando la dieron en hacer milagros contra sus soldados, y quien envió á las galerías de la Biblioteca Nacional de París á la famosísima milagrera antigua y moderna Virgen de Loreto que devolvió devotamente después de haber hecho celebrar solemnes exequias para el Papa que había tan

cruelmente perseguido á pesar de sus achaques y de sus años? ¿No es el «gran reformador moral» quien quiere obligar á sus soldados y generales á que abracen el islamismo lo que solo hizo como ya hemos dicho el noble general barón de Menou á quien la nobleza de su provincia había enviado á los *Estados generales*?

Y ya no diremos una palabra más sobre este particular, ni sobre las virtudes de los Bonapartes.

Lacroix no encuentra la virtud más que en las

13. Janvier
1792
J. P. Lacroix

KELLERMANN (1792)

Persones en l'air de tout mon cœur.
Marat

MARAT (1744-1793)

Autógrafos revolucionarios

mujeres realistas. Hasta no temió poner al lado de una Sainte-Amaranthe, de una Renault, de las cuatro hermanas Metairie, á la misma señora du Barry á la antigua y repugnante querida de Luis XV, y aún para lamentarse de su cobardía en el momento de su muerte. Sólo esta *señora* dejó de demostrar «la radiante serenidad que hacía temblar á los mismos verdugos.» Dicho se está que Lacroix ni siquiera cita á Carlota Corday con la que no se puede comparar la Cecilia Renault, ni á Lucila que se hace prender para salvar á su Camilo, y que sube al cadalso con la íntima convicción de que va á reunirse muy pronto á él, ni á esa señora de Roland á cuyo lado parece que no tienen pedestal ni los grandes hombres ni las grandes víctimas de la revolución. ¿Y qué diremos de la hermana de Marat que va tras

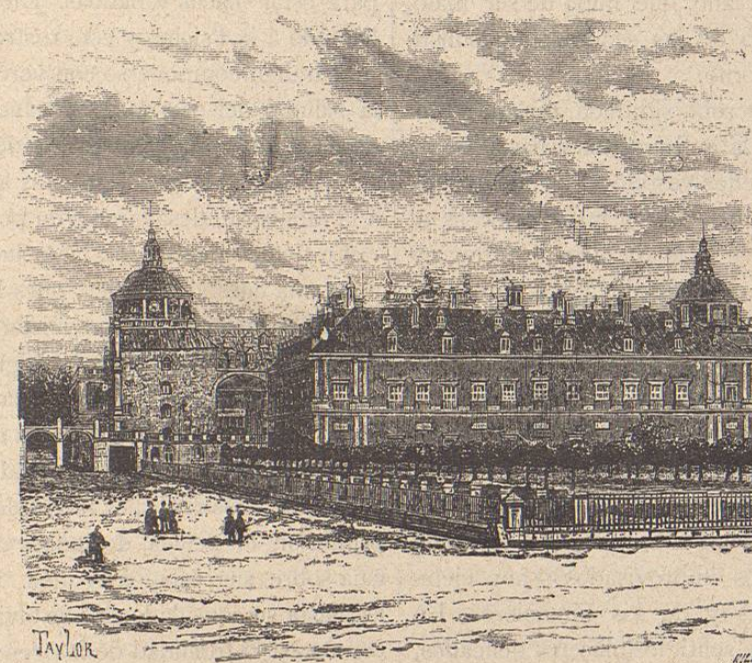
de la muerte para salvar á Danton? ¿Y qué de la honradísima prometida de Robespierre que llevó eternamente el luto de su memoria, y esto cuando durante su larga vida tuvo tanto que sufrir por la manera cruel como era tratada la memoria de su prometido esposo?

Decir que en la época revolucionaria, en la época terrorista la mujer no tiene influencia, es lo mismo que negar que el sol alumbra. ¿Acaso la gran lucha entre los dos grandes partidos republicanos, no se sostiene al rededor de la señora de Roland? ¿Al caer los girondinos no cae con ellos la alma viril y generosa de la señora que reunió en sus salones á todo lo más grande de la revolución incluso á los que la llevaron al patíbulo? ¿No les precede á todos amigos y enemigos en el calvario de la revolución?

Lacroix debía decir que durante la revolución hasta las Therigne de Mircourt pierden la razón por habérselas avergonzado en público, en cambio las señoras «que con la bella señora de Tallien» «nuestra señora de Thermidor» entran en escena con Barras, avergüenzan el público sin morir ellas de vergüenza.

Lacroix, olvidando por un momento «al gran reformador moral» dice que «Barras, ese gran maestro de todos los placeres sensuales y de todos los

goces mundanos, fué el venerable ordenador de esta nueva sociedad, en la cual había la mujer *recobrado todos sus derechos y toda su acción dominante*. Es decir que habían vuelto los antiguos tiempos, los tiempos de María Antonieta, de la Polignac, si es que no hay que subir hasta la du Barry y la Pompadour. Pues hé aquí como un republicano contemporáneo, Theremin, juzga la mujer que acaba de recobrar sus derechos y su acción dominante. «Nada ha soliviantado tanto las mujeres como esta tenta-



Aranjuez.—Palacio real

tiva absurda de introducir en nuestras costumbres la severidad ó la ferocidad de la república de los primeros romanos. Espantadas de esta pretendida austeridad republicana, se han dicho: «Hagamos nacer una concepción más fuerte que bajo la misma monarquía y que pueda para siempre jamás defendernos contra los modernos espartanos;» en lo que han cometido grave error, aún cuando han logrado más de lo que se proponían: pues no han sido indiferentes ni extrañas al sistema de dilapidación que mata la república.» Sin duda por haber esto escrito de la mujer que vuelve á ser en la sociedad *lo que antes era*, llamó Lacroix *factum* á la *Condición de las mujeres*, de Theremin.

Cierto como ejemplo de la relajación de las costumbres, nada tan elocuente como el traje de las mujeres de la época.—«Nada de corsés,» como dice Lacour su contemporáneo, «nada de *busts*, nada de

cuerpos. Una camisa, (y hasta hubo una estación en que esa prenda, por lo demás supérflua y verdaderamente sin gracia, á causa de sus pliegues, desapareció), cubierta de una túnica cortada á la antigua, ó mejor de un largo manto de lino, de muselina ó de gaza, perfectamente estrecha, exacta traducción de las formas y luégo... nada más.»—Pero este traje en dónde nació? En donde tenía la relajación de las costumbres real ejemplo. El traje á la pompeyana, ya lo hemos dicho, nació en Nápoles. Pusieronlo de moda su reina, la hermana de María Antonieta, la reina Carolina, la querida de Acton y de tantos otros, y su amiga inseparable, la querida de Nelson, que no queremos mancillar nombrándola el nombre del ilustre sabio que tuvo la debilidad de levantar aquella prostituta del lozadal en que había caído. La relajación, pues, tomó ejemplo de una corte borbónica que todavía vivía al antiguo régi-

men, es decir, dentro de un sistema en el que la mujer no había perdido sus derechos ni su influencia dominante. Sin duda por esto, la reina Carolina y su amiga se dieron el placer de tener su guerra, como más tarde tendrá la emperatriz Eugenia de Francia la suya.

Pero hé aquí que Lacroix se olvida por un momento de que en 1813 imperaba «el gran reformador moral», y nos cuenta lo que escribe Salgues acerca de los grandes peligros que para la salud de las damas tenían aquellos trajes, pues resulta que en el verano de aquel año, que hubo de ser malo, perdió París el décimo de las señoras que constituían su más bello adorno.

Olvídóse de ello Lacroix, sin duda, porque reconoce que «á pesar de la indiscreción y hasta de la falta de pudor de aquellos vestidos por demás ligeros, jamás las damas estuvieron más hermosas ni más seductoras; todo en ellas era elegancia, gracia y distinción exterior.» Lo que faltaba á esas damas del Directorio era educación, y el arte de la conversación. De modo que de tener esto, se hubiera bien podido pasar por alto el traje ligero ó á la pompeyana.

Pero llegan las emigradas, y las mujeres de la revolución, segunda época, les ceden los puestos que ocupan, avergonzadas y corridas de su inferioridad. Se retiran, pero, para vivir con su mundo, con el de los enriquecidos, de los improvisados,—por ejemplo, como Bonaparte,—y de los financieros. En este mundo, incapaz de sentir los placeres delicados, las mujeres se entregan «con entusiasmo á los espectáculos de los juegos gímnicos. Aplauden las altas proezas de los luchadores y de los boxadores; y corren en masa á las carreras de Longchamps y de Bagatelle. Aprenden á montar á caballo y á guiar trenes de dos y cuatro caballos...» ¡y pensar que todo esto, invención de las republicanas del Directorio, es hoy la alta diversión de la más alta clase de la sociedad moderna!

Sin embargo, la aristocracia, al volver de la emigración, se dió también muy pronto á imitar á las celebridades de la época. Es la señora de Genlis, quien lo dice:—«Yo he visto á las damas más calificadas de la época, recibir recostadas en su canapé sin cubrirse los pies.» De donde resultaba que al más pequeño movimiento, no sólo se les veía los pies á las señoras, sino hasta parte de la pierna, lo que era contrario á la decencia y al buen parecer. Lacroix, hasta á *posteriori*, quiere consolar á la difunta señora de Genlis, asegurando que en los salones aristocráticos del barrio de Saint-Germain, no pasaban tales cosas.

Una sociedad tan enamorada del natural, debía ser forzosamente enemiga de toda clase de afeites y de postizos, y en efecto, las pomadas, los polvos, el colorete, los falsos pechos y caderas, todo desapareció para no volver, sino muy entrado el imperio. «Lo que en los tiempos imperiales más se temía, era parecer flaca y seca.» Esto dice Lacroix, y no hay para que observar que cuando una sociedad se materializa, es cuando se pone de moda la carne.

En tiempo de la república, por lo contrario, hasta llegaban las elegantes á ayunar y á darse sangrias para estar flacas y pálidas. Un rostro pálido, era llamado á la Psiche, y este rostro es el que todas procuraban componerse con verdadero perjuicio de la salud y del cuerpo. Las pelucas, pues, corrieron desde luego grande peligro de desaparecer, y dicho se está, que al generalizarse los trajes á la etrusca y á la ateniense, desaparecieron por completo.

En tiempo del Terror, las pelucas rubias llegaron á ser una cuestión política, pues Payan las denunció como una manifestación realista. Hombres y mujeres continuaron llevando el antiguo traje y la peluca de coleta la llevaron los hombres durante la época revolucionaria. Robespierre era un elegante rigorista y serio. Su peluca blanca empolvada fué siempre irrepachable. Los radicales fueron los que primero suprimieron la peluca, dejándose crecer el pelo que caía sobre sus espaldas y ojos. Bonaparte lo llevó así hasta su consulado. No se olvide que Bonaparte, como casi la totalidad de los generales de la república, afectaba opiniones jacobinas. Pero por lo mismo que esta moda era la de los ultras, tenía grande oposición en todas partes. Estos fueron también los primeros en cortarse los cabellos á la Titus, esto es, cortos, recurriendo á los hierros para rizarlos ó ponerlos crespos. Esto se hizo imprescindible desde el momento que David, á quien se encargó los figurines de los Quinientos y de los Directores, recurrió al antiguo, á lo greco-romano.

Introducida la moda, ya lo hemos indicado, no se paró en perfiles. Hasta hubo elegantes que llegaron á presentarse el año V de la república, desnudas por completo, es decir, cubierto por una simple túnica de gaza que dejaba entrever perfectamente todo el cuerpo, y esto en los paseos públicos. Una de ellas era la señora de un oficial de marina llamado Hamelin, y esta dama era amiga íntima de la esposa de Bonaparte.

El uso de colantes de color de carne era casi general para las elegantes, por lo mismo que el traje á la ateniense era abierto por los lados, dejando ver casi íntegras las piernas. Pero este descaro fué deca-

yendo por el fracaso de la Hamelin, á quien el pueblo acompañó hasta su casa en medio de la burla y de la chacota. Sin embargo, durante todo el imperio, á pesar de la severidad y mezquindad de Napoleón, se mantuvo el traje á la griega, y no se vió otro en los salones del imperio.

Los salones de la república son poco conocidos.

Del salón de la señora de Roland nada hay que decir. A su casa no iban las damas republicanas, sino los republicanos. Se puede decir que se iba á ella, porque á ella, como señora, no le estaba bien acudir á casa de los hombres. En su casa, pues, no se hablaba mas que de una cosa, de la república. Cuando asistía Robespierre, del modo de hacerla triunfar; cuando se retiró, del modo de impedir que cayera en las exageraciones que acabaron por matarla.

Pero había un salón, un salón del antiguo régimen que no se cerró sino cuando el Terror en lo más fuerte encerró á la señora de la casa en Santa Pelagia. Este era el salón de la condesa de Beauharnais tía de Josefina y madrina del emperador Napoleón III. En este salón, Dorat, que pasaba por escribir los versos de la condesa, celebró en bien limados versos á Marat, lo mismo en vida que en muerte.

Claro está, por otro parte, que esta vida de reuniones y de placeres íntimos no es nunca activa en épocas de agitación política y menos en épocas de guerras interiores y extranjeras, y sobre todo cuando se cree ó se teme que el extranjero tiene auxiliares en el interior. En estos casos son la guerra y la política y no tal ó cual sistema políticos los que cierran los salones.

Ábrense éstos después de thermidor, porque la cuestión interior se considera resuelta, porque el enemigo extranjero no sólo ha sido rechazado fuera de Francia, sino que Francia ha conquistado la frontera que llama su frontera natural, y que sólo circunstancialmente ha conseguido. Después de thermidor vienen los grandes triunfos, las seguridades de paz, las paces gloriosas, el fruto de las victorias, y todo esto reunido excita á que se abran puntos de reunión en donde se puedan cambiar las impresiones, y celebrar las grandezas de la patria. Estos puntos de reunión son los salones propiamente dichos. Los salones particulares, los salones de familia, es decir, en los que no se hace más que conversar, cantar, bailar y comer á ratos, éstos existieron siempre, lo mismo en los días de las grandes agitaciones de la república que en los grandes días de sus grandes cataclismos. Siempre hay una masa de gente dispuesta á olvidar sus sufrimientos en las

diversiones, y otra masa que no sufre sino cuando no puede divertirse.

Luégo el Directorio se propuso reconstituir la vida de los salones, por lo mismo que sabía que la echaban de menos los que estaban acostumbrados á ella. Además, como ya hemos dicho, el Directorio primero, el consulado después se propusieron llevar al nuevo orden de cosas las antiguas fuerzas sociales, y al efecto nada más á propósito que la neutralidad de un salón para llegar á no estar separados más que por una *honest*a distancia.

Barras era para facilitar estas aproximaciones el más indicado de todos los miembros del Directorio, por esto su salón del Luxembourg fué el más concurrido, y por consiguiente, en el que se vió más variedad de gentes. La señora de Tallien y la de Chateau-Regnault eran su principal ornamento, que quedaban desde luego eclipsadas al aparecer la señora de Staël lo que no sucedía muy á menudo. Los demás directores recibían sin ceremonia; en los salones de Carnot hasta se habían suprimido los asientos.

El gran salón político, ya lo hemos dicho, era el de la señora de Staël. En casa de la embajadora de Suecia, se reunían todos los hombres de oposición, y en ningún centro se dispensó más protección á Bonaparte cuando no era más que el simple general de Italia, hasta imponerlo al Directorio, pero en este salón que llegó á conocerse con el nombre de Círculo constitucional se hacía política seria y razonada y no se pensaba ni en modas indecentes ni en golpes de Estado.

Bonaparte, cónsul, disolvió el *Círculo constitucional*; el que había destruído la Constitución del año III, no podía dejar en pié el círculo de sus defensores, y ya lo hemos dicho, la manera de disolverlo fué desterrar á la hija de Necker á cuarenta leguas de París.

A igual distancia desterró «el gran reformador moral» á otra señora, á la esposa del banquero Recamier porque no pudo hacer de ella, por mandato suyo, su querida.

La de Staël y la de Recamier fueron siempre dos grandes amigas. Si la primera brillaba en primer término por su talento, la segunda brillaba sin rival por su belleza, su gracia y su coquetería. Su salón se abrió en los primeros tiempos de la reacción thermidoriana, y hasta su muerte que no ocurrió hasta 1849, esa mujer incomprensible brilló siempre en primer término en la buena y mala fortuna ocupando el primer lugar entre las mujeres galantes de la primera mitad de su siglo, habiendo sido casada